

Reseñas de Raúl Villaseñor

En la progenie del autor cuyo libro da pie a esta reseña, hay 2 ascendientes directos, su padre y su abuelo, a quienes ningún conocedor del devenir literario de México esté en condiciones de omitir; por ello se les encuentra en la más rigurosa nómina de auténticos valores del oficio de escritor. Uno y el otro son usuarios de méritos propios e indiscutibles, aunque, en razón a muchos condicionantes y circunstancias, en tanto los galardones del ancestro mayor alcanzan más altas resonancias, el progenitor no obtiene similar consenso debido a un imponderable: sus posibilidades las trunco la parca.

Su abuelo fue el egregio bardo tapatío Enrique González Martínez (1871-1952), una de las más señeras cumbres del modernismo poético en lengua castellana. La proyección universal de su obra la alcanzó, no obstante, al darle algo así como la puntilla a ese resonantísimo modo de expresión, el cual, como se sabe, culminó con la poética presencia de Rubén Darío (1867-1916), pues este bardo nicaragüense y a más de renovar la métrica tradicional, introdujo términos rutilantes y sobrecargados de simbolismo de no muy fácil desentrañamiento.

El preciosismo modernista abusó de la extravagancia metafórica, cayendo en no pocos excesos y de ellos se ha ocupado ampliamente la más autorizada crítica. En una presencia como ésta no se puede ahondar en el asunto, pero eso no me impide formular alusiones como las ya expresadas y otras posibles son útiles para ubicar en donde le corresponde a **El antiguo relato del principio y otros poemas**, pero no puedo extenderme para mencionar lo ya fincado por la historia literaria: abreviaré.

González Martínez fue, lo repito, una de las más señeras cumbres del modernismo, pero como el empleo de tonos y formas exultantes en la expresión llegó a fatigarlo y hostigarlo, con plena conciencia de cuanto en lo porvenir llevaría a cabo, abandoné para siempre ese modo poético.

Como debe saberse, entre los modernistas se usaba y abusaba de imágenes en donde aparecían, junto al profundo azul del firmamento, constantes referencias a esa ave palmípeda de largo y flexible cuello cuya figura asumió Júpiter para seducir a Leda, pero la presencia del ánade resultaba demasiado postiza y llegó a ser tediosa.

Cuando González Martínez había alcanzado señeras cumbres y se encontraba en plena madurez expresiva, como lo apunté ya (hacia 1917), decidió utilizar un lenguaje más de acuerdo con su momento y el entorno: sus figuras fueron de mayor belleza gracias a su simplicidad sintáctica, tal como queda plenamente patentizado en su obra a partir de entonces. El punto de arranque puede establecerse y de hecho se establece con el famoso alejandrino de engañoso plumaje”, considerado, no sin razón, como epitafio de una manera de poetizar en esas alturas ya en plena decadencia, a pesar de sus fabulosos logros con los cuales revolucioné y enriquecí al idioma castellano.

La obra de González Martínez (la modernista incluida) es El enorme belleza y de gran amplitud. No pretendo exprimirme los recovecos de la memoria en el intento de enlistar títulos de sus libros; sólo traeré a estas líneas el nombre de su última presencia, **El nuevo Narciso y otros poemas**, publicado el mismo año de su muerte, en donde sus composiciones son tan juveniles como sobresaturadas de amorosa gracia. Puedo hablar del doctor González Martínez indefinidamente, pero... yo lo he traído a colación en el intento de ubicar de manera conveniente la presencia poética de su nieto, para efectuar, lo cual aún me resta hacer una rauda referencia al primer Enrique González Rojo.

Nacido en 1899 muere un poco antes de cumplir los cuarenta años de edad, cuando su hijo apenas rebasaba la primera década de su existencia. Figura destacada del grupo sin grupo de Contemporáneos, junto con otros miembros de su generación literaria (José Gorostiza, Salvador Novo, Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia, etc.), hacia tertulia en la casa paterna y aunque tanto él como sus compañeros miraban en González Martínez a un auténtico maestro, en su obra, como en la de los demás, se desenvuelve de manera propia y original, tal y como puede verificarlo quienquiera se asome a ella y lo ha reconocido la más exigente crítica.

Lo suyo es distintamente personal: deliberadamente dio incidir en el menor asomo de influjo derivado de sus mayores, cosa esta comprobable a partir de su primer libro de versos, (Luz y Silencio 1947). Su intención no ha sufrido modificación alguna, como se puede derivar de un riguroso análisis crítico de su producción literariamente. No puedo adentrarme en tal examen por ahora y con la debida profundidad por la ausencia de condiciones para hacerlo y....

Enrique González Rojo II tiene formación académica como filósofo. Ignoro si accedió ya al doctorado, pero su maestría la alcanzo en 1969 con una

tesis sobre Anarquismo y materialismo histórico, desarrollando muy pertinentes elucidaciones a las cuales no cabe referirme aquí de manera extensa, porque, salvo tal vez en **Luz y silencio**, en su obra de creación poética es advertible la presencia de un nítido remanente ideológico, derivado de su afiliación a las postulaciones de la dialéctica histórica.

Su manera de entender lo circundante determina los cauces por donde discurre su creación poética, tal como se hace patente en el libro comentado en esta vez, así como en el precedente, **Para deletrear el infinito** (Cuadernos Americanos, MEXICO, 1972), En ambos se desarrolla temáticamente la atadura entre el ser del hombre y su circunstancia, pero no en el de un hombre individual y concreto, perfectamente delimitado, pues es genérico y como especie, en una cabal e inescindible significación tal y como él mismo lo apunta en su preámbulo al decir "Cuando mi pluma toma la palabra, lo hace para mostrar que soy, que somos, cuando lo somos, una etapa consciente, angustiada y vigilante, que nace y muere en el interior mismo de la materia eterna...".

El presente volumen es, además, deliberada continuidad de **Para deletrear el infinito**, compuesto o integrado por quince cantos, en donde da cabida a la humana preocupación por su constancia en el devenir histórico. El tema propuesto allí es para ser tratado en un encadenamiento sin fin como se desprende de una explicación sobre él cuando dice: "como el infinito, para decirlo en lenguaje filosófico, es el agregado infinito de finitos, este tema no es otra cosa que el tema de los temas. Hablar del infinito es hablar de todo..." El volumen lleva como nombre el del primer canto de **Para deletrear el infinito**, pero en el mismo y con las designaciones dadas a los tres siguientes cantos *La bestiada*, *En primera persona* y *Aquí con mis hermanos*, da cuerpo a otros tantos libros diferentes.

Como se sabe, la palabra libro también se emplea para nombrar cada una de las partes de una obra más o menos amplia así consten en un solo tomo. Señalo esto por una cosa: González Rojo y en esta presencia enuncia una intención: dedicar cuanto le queda de vida para escribir tantos libros de poesía como cantos tiene **Para deletrear el infinito**, quince en total, para considerarlos, si los concluye, como meros puntos de partida para reemprender, sin solución de continuidad, sus tareas creativas para "convertir el infinito en tema, lanzarse a la empresa de practicarlo y fracasar necesariamente tanto en su conocimiento como en su encarnación..."

Tanto en **Para deletrear el Infinito**, como en **El antiguo relato del principio**, **La bestiada**, **En primera persona** y **Aquí con mis hermanos**, es claramente perceptible el impulso de otorgar al quehacer poético una misión perfectamente deliberada y sobresaturada de intencionalidad. Este aserto puede prestarse a confusiones o llevar a muchos a suponer que me propongo como inventor del agua tibia, porque, desde siempre, la poesía se ha escrito como respuesta a instancias de sus creadores. Obviamente al hablar como lo hago trato de referirme a otras cosas, pero como hacerlo con la debida amplitud demandaría a más de mucho esfuerzo mucho espacio, por ahora sólo voy a formular un leve esbozo de mis puntos de vista al respecto.

La poesía, como se sabe, tuvo un origen colectivo, pero paulatinamente derivó a ser obra individual y de comprensión restringida. Así, aunque creador personal, González Rojo vuelve a otorgarle a sus poemas el papel de vaso comunicante: su lenguaje huye del oscurecimiento metafórico y sus figuras son de comprensión inmediata: se sitúa como intérprete de los demás y forma parte todos los demás y ya con tiempo, probablemente adentraré más ampliamente en esto.

“Vida Universitaria”, Lunes 21 de julio de 1975.